

El Josefino®

Nº 74 Febrero 2025
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

CAPILLA
DE SAN JOSÉ
EN TOLEDO,
ESPAÑA

Pág. 9

BEATO
PÍO IX
Y SAN JOSÉ

Pág. 12

*"Ven, amado mío, y salgamos
Juntos a la campiña".*

(Cant. 7, 12)

SUMARIO

... Al lector...

Pág.

AL LECTOR	3
“SAN JOSÉ: REMEDIO A NUESTRAS NECESIDADES”	4
“MI RIQUEZA: DIOS...”	6
CAPILLA DE SAN JOSÉ EN TOLEDO, ESPAÑA	9
BEATO PÍO IX Y SAN JOSÉ	12
JOSÉ, HIJO DE DAVID	14

Estimados Josefinos:

En medio de un mundo que ha perdido el oriente y se encuentra dividido y confuso en un mar de tinieblas, se hace más necesaria que nunca esa “luz” que caracteriza a los testigos de la fe.

Y el que sobresale entre todos ellos, y lo supera poderosamente, es San José, el hombre “providencial” que colaboró con la Virgen para que llegasen a buen término los planes Redentores de Dios.

No fue un hombre “gris”, como algunos lo han calificado; un artesano de aldea que nunca dijo nada, ni hizo nada que mereciera ser reseñado; ni tampoco fue una “caña” que se lleva el viento, como es todo aquel que vive “zarandeado” por el vendaval de sus pasiones, sino que fue un israelita de verdad, cabal, que tuvo sus raíces y su mente siempre en el cielo.

San José fue un “prodigio” irrepetible e insuperable salido de las manos de Dios: Célibe y, a la vez, casado; virgen y

también padre; rey, como David, y no llevó corona; transmisor de la fe y siempre estuvo callado; siendo el último, llegó a ser el primero; de siervo se convirtió en señor de su Señor.

Su casa fue la tierra donde creció la “buena semilla” y dio el ciento por uno.

No conoció a la Iglesia y, sin embargo, es su Protector Universal.

Murió “sin descendencia” y fue padre de una multitud de pueblos.

Ignorado en vida, hoy todos invocan su nombre bendito. Jesús mismo hizo de él el mejor de los elogios. Por eso, es “justo y necesario” que la alabanza de agradecimiento y veneración resuene como un memorial perpetuo en toda la Iglesia de generación en generación.

La Redacción.





*“San José:
Remedio a nuestras necesidades”*

Glorioso
Patriarca San José,
provisor y alivio de indigentes.
Por las graves torturas
que martirizaron tu tierno corazón
en el portal de Belén,
en la soledad del desierto
y en el destierro de Egipto,
al no poder ofrecer
a aquellas dos prendas
amadas, Jesús y María,
otro alivio que los rigores
de la más estrecha pobreza,

concédenos, te suplicamos,
el remedio a
nuestras presentes necesidades,
así del cuerpo como
del alma, para que
experimentemos por
nosotros mismos
la consoladora verdad
de aquella apasionada
devota tuya,
Santa Teresa de Jesús,
de haber salido siempre
de tu presencia
favorablemente escuchada
volviéndonos, a imitación suya,
en fervorosos propagadores
de tu devoción.

Amén

**Oración
A SAN JOSÉ**

Meditación JOSEFINA

“Mi riqueza: Dios...”



Reclinada sobre una colina en un valle modesto está la pequeña Nazaret, población vulgar entre las ciudades de la humilde Galilea. En aquella población hay una casita que no se distingue de otras, sino por una mayor pobreza y quietud. ¿Quién buscaría allí a un *patriarca hebreo* heredero de todas las bendiciones patriarcales?...

Aquella vivienda tiene una especie de “tienda” formada con una lona sencilla; dentro de ella trabaja un carpintero que viste como los demás de su condición y de su pueblo.

Nada extraordinario presenta a primera vista *aquel hombre*. Si lo observamos atentamente, notaríamos una mirada meditativa, y aquel dulce silencio que alguien ha definido como “*Ángel custodio de la perfección*”... Es San José... desconocido de los hombres pero venerado por los Ángeles como el Patriarca de las bendiciones supremas.

¿Dónde están las riquezas de los patriarcas? ¿Dónde se encuentran los rebaños de Jacob, las magnificencias de la corte de Egipto, el cetro y la espada de David, los espléndidos palacios y verges de Salomón?...

Las bendiciones acumuladas sobre este humilde José parecen haber servido, únicamente, para despojarlo de todos los bienes de la tierra. Sí, San José es pobre; pero su pobreza es un tesoro más que patriarcal y regio; es un tesoro espiritual de bienes verdaderos.

Este hijo de David poseerá el ciento por uno del Evangelio que consiste, según San Jerónimo, en el cambio de los bienes de la tierra por los bienes celestiales, superiores sin comparación.

Aquel *Padre* lleno de bondad que se ocupa de los pájaros y de las flores del campo no abandona a los que con tanta confianza se entregan a Él. Esto se vio en la persona de San José quien, siguiendo la Voluntad de Dios, no temió ante las exigencias que imponía acoger al Salvador.

El Verbo de Dios, Jesús, queriendo desposarse con nuestra pobre humanidad, se hizo pobre por amor a nosotros. “Vosotros sabéis, –dice San Pablo– que Jesucristo en su gran misericordia se hizo pobre por nosotros para enriquecernos por su pobreza”. Y Él quiso que esta pobreza afectiva y efectiva fuese el estado y la virtud predilecta de los suyos.

San José, que debía revestir el glorioso título y la potestad de padre de Jesús, hubo pues de agregar a todas sus glorias regias y a todas sus cualidades la pobreza evangélica. En Nazaret, en efecto, en ese “primer convento”, fueron enseñadas y practicadas las virtudes que constituirían el estado religioso: Los votos de pobreza, castidad y obediencia; podríamos decir que éstos “provienen de Nazaret”.

San José fue pobre de los bienes de este mundo. No poseía nada en un país donde habían reinado sus antepasados. Habitó la ciudad más pobre y menospreciada: Nazaret. Y la pobre vivienda donde fue concebido el Verbo encarnado ¿a quién pertenecía? ¿a María o a José?... no se sabe.

San José no tenía recursos personales viéndose obligado a vivir de su oficio, de un oscuro oficio, cual es el de carpintero. Vestía pobre y toscamente, como lo prueba el manto que se conserva aún, como su más santa reliquia. Pobres y toscas vestiduras, semejantes a las que usaban las gentes de su condición. También su alimentación era pobre: El pan de cebada era su pan cotidiano.

Verdaderamente casi “causa escándalo” ver que el Padre Eterno envía a su Hijo en medio de tan absoluta pobreza. Él lo dispuso así. Sin embargo, lo previó y con esta mira redujo a San José a tan extremada pobreza. Quería que su Hijo reparase, desde el primer momento, nuestro apego a los bienes materiales y abuso de las riquezas.

He ahí porqué San José, que por su nacimiento hubiera podido escalar las gradas de un trono, se vio reducido al pobre oficio de carpintero, con un exterior de tan triste apariencia que en Belén todo el mundo lo rechazó y se vio reducido al último refugio de un pobre: A un pesebre.

Pero San José tenía el espíritu y la gracia de la pobreza de Jesús: La compartía con felicidad y la prefería a todos los bienes y glorias del mundo. La pobreza afectiva o efectiva ha de ser amada también por el alma que ama a Jesús: Es el lazo de amor que la liga al divino Tabernáculo, a la adorable Hostia, a Jesús despojado de todo, por amor al hombre; al hijo de San José...

La pobreza es la gracia y la gloria de toda santidad. Como San José, el alma amante debe estimar, amar y practicar la santa pobreza, contentarse con lo necesario y encontrar aun el medio de honrar con algún sacrificio la real pobreza del Dios de la Eucaristía.

Ciertamente, San José es para nosotros modelo perfecto; pero, sobre todo en:

***Tener, como su riqueza,
a Dios solo...***





Capilla de San José en Toledo, España

La ciudad de Toledo guarda en su laberinto urbano joyas ocultas que muchos turistas desconocen. Una de estas joyas escondidas es la **Capilla de**

San José situada en uno de los rincones más sorprendentes y encantadores de Toledo.

Historia de la Capilla de San José

La Capilla de San José de Toledo la fundó un rico y generoso comerciante, quizás un converso, de nombre Martín Ramírez, muerto en 1569.

Las obras comenzaron en 1588 y terminaron, tras alguna interrupción, en 1596 aunque la capilla fue consagrada antes, el 26 de diciembre de 1594.

La Capilla, y esto fue una gran novedad, se dedicó a San José cuyo culto, desconocido hasta entonces, empezaba a florecer en el siglo XVI fomentado, en gran parte, por Santa Teresa de Jesús quien había dedicado ya a San José su primera fundación: El Monasterio de San José de Ávila, en 1563.



A la influencia de la Santa se cree que se debe la elección del Santo Patrón para esta capilla “*viniendo a ser la primera iglesia o capilla dedicada originalmente al santo en toda la Cristiandad*”.

Los frescos de la bóveda del ábside tratan la historia de San José y la Virgen María.

El Retablo Mayor

El retablo mayor resulta bastante complejo y ha sido considerado como la obra más “*revolucionaria*” de *El Greco*, por el carácter tan dinámico y por la estructura de “*retablo dentro de otro retablo*”, aunque no se conserva tal y como lo diseñó el cretense al haberse añadido a la parte central, en el siglo XVII, nuevos elementos barrocos.

El cuerpo central se halla flanqueado por dobles columnas corintias estriadas que sostienen el entablamento recto y sobre él un gran cartucho con una cabeza de Ángel alada. Está rodeado de formas vegetales que parecen posteriores al retablo. En este cuerpo central, bajo un arco de medio punto, va el lienzo de “*San José con el Niño*”, de *El Greco*.

En el retablo mayor la imponente figura de San José, **representado como protector y guía de Jesús**, domina el conjunto. A su lado, las estatuas de David y Salomón recuerdan la ilustre

ascendencia del Santo Patriarca. La escena del ático con la Coronación de la Virgen nos muestra al completo a la Divina Familia. De este modo, el programa pictórico repartido en dos zonas expresa, ante todo, **la unión íntima de la Sagrada Familia en el orden terrenal y el celeste**”.

En cuanto a las pinturas murales que decoran la bóveda, atribuidas a José Jiménez Donoso, el pintor de Consuegra, de muy buen colorido, tratan de la historia de José y la Virgen María en tres cuadros desarrollados dentro de unos valos: En el lado del Evangelio (izquierda), el “**Sueño de San José**”; en el lado de la Epístola (derecha), los “**Desposorios de la Virgen**” y en el centro el “**Nacimiento de Cristo**”, todas ellas rodeadas de profusión de guirnaldas y de alegres Angelitos que juegetean por las alturas.

El cuadro del retablo mayor

El “**San José con el Niño**” del altar mayor es, a juicio de Álvarez Lopera, una de las mayores creaciones de *el Greco* y además muy original en su iconografía.

En efecto, durante toda la Edad Media San José había sido tratado como una figura secundaria dentro del marco de escenas mayores y sólo a partir del 1500, en Alemania y en los Países Bajos, se le representa con la categoría de figura independiente. *El Greco* lo que hace es introducir esa representación en España, “*aprovechando*” que el Concilio de Trento había prestado un nuevo auge al culto del Santo Patriarca y cambiado la imagen que hasta entonces se tenía de él como un varón anciano y

no como un hombre joven, fuerte y vigoroso tal como aquí nos lo representa.

Conforme a esta nueva figuración, San José aparece como **caminante, protector y guía del Niño Jesús**. Viste túnica azul y manto amarillo y lleva en su mano derecha un largo bastón que sirve, al tiempo, de bastón de caminante y de cayado o báculo pastoral. Éste, al encorvar su extremo superior, simboliza **la doble dirección material y espiritual que, en virtud de sus excepcionales méritos, presta San José al Niño el cual, vestido de granate, se arrebujaba en el cuerpo de su padre buscando y reconociendo su protección**.

En la parte superior, un grupo de Ángeles se precipita desde las nubes expresando así mismo el simbolismo de las imágenes. El gran Ángel vestido tiene en su diestra **un lirio, símbolo de la inocencia, pureza y virtud del alma de San José por su casto desposorio con la Virgen María**. En su mano izquierda lleva un manojo de rosas, símbolo del amor y el júbilo celestial que el Ángel de la derecha esparce sobre el santo.

El otro Ángel, a la izquierda, trae una **corona de laureles, el símbolo de la “fama” eterna que el santo patriarca ha merecido por su conducta ejemplar**.

Con esta representación, el Santo se remonta sobre la Tierra en tamaño “*sobrehumano*”: *Un “gigante” que custodia el mundo y que vela sobre él*. Así se hace visible la **excelsitud de San José**, quien se convierte en el símbolo del “**héroe cristiano**”, que protege a la Tierra.



Beato
Pío IX
y San José



En el Papa Pío IX tenemos un ejemplo admirable y un modelo maravilloso de devoción auténtica y probada, de confianza consumada, de alegre esperanza y de caridad ardiente a nuestro Padre y Señor San José.

Pío IX no es solamente el Papa de la Inmaculada, sino también el Santo de San José pues, aunque no faltan otras Papas que se interesaron por él, que él recuerda en la Letra apostólica *Inclytum Patriarcam*, pero es Pío IX, como reconoce san Juan XXIII, “el que abrió una vena de riquísimas y

preciosísimas inspiraciones a sus sucesores” (19 de marzo de 1861).

En una alocución de 1854 Pío IX decía que “San José es la más segura esperanza de la Iglesia después de la Virgen María y en unión con Ella”.

En otra alocución de 1862 abogaba por que los sostenes de la Iglesia naciente, que son Jesús, María y José, volviesen a tomar el puesto que nunca deberían haber perdido: “María y José han salido del corazón de los hombres y hasta que no vuelvan a retomar el poder que en ellos ejercían, el mundo no se salvará. Pero yo espero seguro para los años venideros que San José sea mejor conocido, más amado y más honrado. ¡Él nos salvará!”.

Al P. Rossière le agradece un libro que le ha enviado y sobre todo le agradece el celo que dicho Padre ha demostrado difundiendo el culto a San José: “No sólo porque es tratado con sumo honor aquel al que el Verbo hecho carne obedeció y la Madre de Dios sirvió, sino también porque necesitando la Iglesia, especialmente en estos tiempos, de ayudas del todo poderosísimas, no se puede encontrar ningún patrocinio más oportuno y más firme, después del de María, que el favor de San José, al cual ciertamente no negará nada el que quiso estarle sujeto. Estos obsequios, además, otorgan y confieren una gran eficacia a las súplicas que dirigimos a la Virgen, desde el momento que Ella no puede no gozar de los honores tributados a su esposo, a cuya veneración nos atrae con su propio respeto. Dios, de hecho, que con las ardientes llamas de caridad, encendidas hoy en todo el pueblo cristiano hacia el educador de su beatísimo Hijo, parece decirnos a todos: “Id a José”, se complacerá ciertamente de un culto esmerado y pronto dedicado a él y prestará una más atenta escucha a los votos hechos a él por su medio y se dejará mover más fácilmente a misericordia”.

Para recuerdo y memoria de la proclamación de San José como Patrono de la Iglesia católica, el Papa Pío IX mandó que elaborasen un gran tapiz. Se comenzó el año 1871 pero no se acabó hasta 1915 bajo el pontificado de Benedicto XV que lo inauguró. En el cuadro, que representa a San José con el Niño en sus brazos, están bien visibles el año de MDCCCLXXI y el escudo del Papa Pío IX. Dos Ángeles de rodillas, a los pies

del Protector de la Iglesia, sostienen: Uno la Basílica de San Pedro y el otro el Decreto de Pío IX “*Quemadmodum Deus*”.

Cada día de su vida rezaba esta oración: “Humildemente postrado a vuestros pies, oh Santísima Virgen, te confieso mis pecados, tan numerosos, tan graves. Perdóname, Señor, mis grandes pecados... Concédeme el perdón por los méritos de San José, su castísimo esposo, nuestro Padre, Protector y nuestra ayuda en la agonía de la muerte”.

Cinco días antes de su muerte, con ocasión de la audiencia del 2 de febrero de 1878, fue preguntado por un religioso por qué estaba tan sereno. Su respuesta fue ésta. “¡Ah! Es que ahora San José es más conocido, ¡de aquí mi confianza! Si no yo, mi sucesor asistirá al triunfo de la Iglesia de la que yo le he declarado solemnemente Patrono”.

En la Letra apostólica “*Tam alias*”, del 1 de julio de 1861, concediendo indulgencia plenaria al ejercicio de culto perpetuo en honor de San José, no hace más que revelar su profunda devoción al Santo Patriarca con estas palabras: “Nos tenemos sumo interés en que los fieles veneren con honor perpetuo al que fue custodio de Jesús y esposo de la Inmaculada Madre de Dios y se hagan verdaderamente imitadores de sus virtudes”.

Con razón
ERES AMADO



(Cant. 1,4)

Josefología

“José, hijo de David”

El Ángel se dirige a San José con el título de *hijo de David*. Es el único caso en el Nuevo Testamento en el que una persona recibe un apelativo que sólo se atribuye a Jesús a lo largo de su vida pública.

Tal designación indica, en relación con el Evangelio de San Mateo 1,1: “*Libro del origen de Jesucristo...*”, que la realeza le viene a Jesús por la línea de San José y que esta descendencia se va a transmitir a través de una paternidad no natural, sino de otra índole. San José es la “fuente” del origen davídico de Jesús.

La paternidad legal, como la de San José con respecto a Jesús, no es un concepto fácil para el que no es de origen judío. La idea general del matrimonio por levirato nos parece extraña, porque la descendencia se

atribuye al padre muerto, no al padre biológico. San José, al aceptar al Niño como suyo e imponerle el Nombre, da a Jesús una genealogía davídica.

Al transmitir San José directamente a Cristo su descendencia de David, con todos sus derechos y prerrogativas, entre ellos los de su mesianidad, se constituye a la vez en padre de Jesús ante la Ley, y ejerce sobre él todos los derechos y obligaciones de su paternidad.

La concepción virginal de Cristo era indudablemente un signo de esa su mesianidad, pero no tanto para los judíos, sino para los gentiles que abrazaron la fe.

El signo indispensable de la mesianidad de Jesús, su condición necesaria, era que él, el Mesías, había de ser descendiente de David y es, precisamente San José, el que de hecho le hace hijo suyo.





Ejército Blanco

Síguenos en:



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>